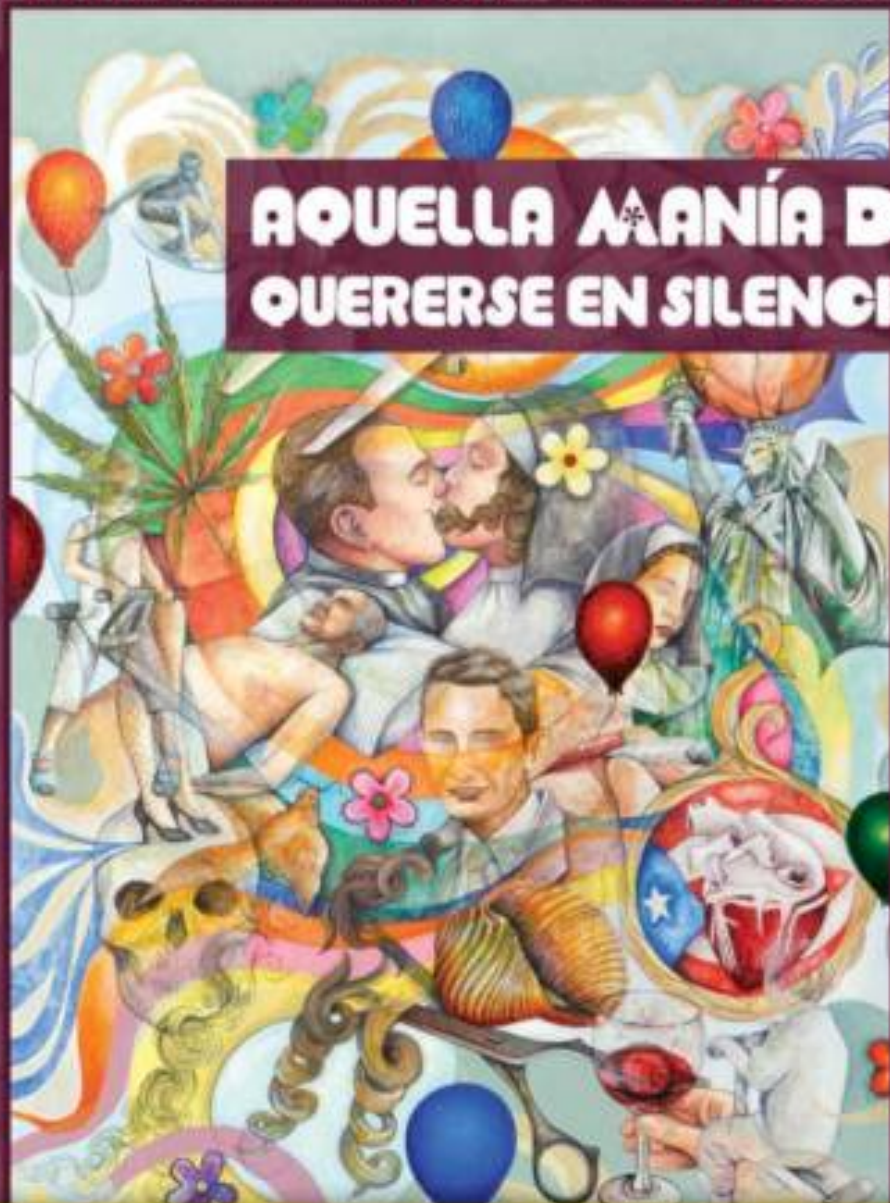


MIRIAM MONTES MOCK

**AQUELLA MANÍA DE
QUERERSE EN SILENCIO**



“Inconteniblemente sorpresiva”. —Mayra Montero

divinasletras

LIBRERÍA PARA JAVIER

MIRIAM MONTES MOCK

AQUELLA MANÍA DE
QUERERSE EN SILEN-
CIO

Montes Mock, Miriam, 1959-
Aquella manía de quererse en silencio
ISBN: 978-1-59608-095-7

© Montes Mock, Miriam, 2012
San Juan, Puerto Rico
Dirección electrónica de la autora: miriam.montes59@yahoo.com
www.miriammontesmock.com
www.aquellamania.com

Todos los derechos reservados. Ninguna porción de este libro podrá ser reproducida, almacenada en algún sistema de recuperación, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio —mecánicos, fotocopias, grabación u otro— sin la autorización previa por escrito del titular del derecho de autor.

Dirección editorial y edición: Gizelle F. Borrero
Dirección y revisión del texto original (tesis de maestría en Creación Literaria, Universidad del Sagrado Corazón, 2009): Dr. Luis López Nieves
Copiedición: Gisel Laracuenta Lugo
Revisión final: Aura Torres Fernández
Asistentes de producción: Gloria Mock, Camila I. Pedroza Montes
Portada, diseño y armada: Carlos López Angleró
Obra de la portada y gráficas interiores: Rigoberto Quintana
Fotografías de la autora: José Brocco Photography & Art Studio
Colaboración gráfica: Tanya I. Rivera Santiago
Arreglo personal de la autora: maquillaje, Orlando, de Cosmética; arreglo del cabello, Ángel Méndez

La autora está disponible para conferencias, seminarios o talleres.
Para contrataciones, comentarios o sugerencias favor de comunicarse al 787-642-2708.
E-mail: miriam.montes59@yahoo.com

A Mami.
A Papi, desde el lugar donde los muertos viven.
A mis hermanos: Pablo, Inés y Ceci, a quienes
tanto quiero.

*Al palpar la cercanía de la muerte,
vuelves los ojos a tu interior y no en-
cuentras más que banalidad, porque
los vivos, en comparación con los
muertos, resultamos insoportablemen-
te banales.*

—Miguel Delibes

*Como un mar alrededor de la soleada
isla de la vida, la muerte canta noche y
día su canción sin fin.*

—Rabindranath Tagore

Prólogo

Aquella manía de quererse en silencio tiene dos tramas fundamentales: la extraña historia de amor entre Bernardo y Evangelina, sus personajes principales, y la “orfandad violenta” de sus cuatro hijos, abandonados por sus padres en plena adolescencia. La primera sirve como el motor que propulsa los cambios drásticos, el caos y las emociones intensas, mientras la segunda revela sentimientos genuinos que muestran tanto la fragilidad como la fortaleza del espíritu humano.

La pasión por vivir de este matrimonio, de un lado, y de sobrevivir de los cuatro hijos, por el otro, es el hilo conductor a través de la narrativa. La novela se basa en hechos de la vida real, los cuales la autora se ocupó de adornar y extender con aventuras imaginadas e inimaginables. A pesar de que, por momentos, los episodios pueden parecer surrealistas, fluyen con dinamismo y se entretajan las historias de los personajes principales. Se viven dramas apasionados y conflictos internos, capaces de provocar en el lector un remolino de emociones: alguna sensación turbadora o inquietante, estremecimiento, pena o asombro.

La novela presenta una relación de pareja, que en sus inicios fue religiosa y tradicional. Sin embargo, al encarar una crisis existencial, se enreda en un torbellino de conflictos hasta culminar en un desenlace insólito, ocasionado por eventos múltiples: el uso de alucinógenos (frecuentes en la época de los *hippies* de los años setenta), su participación en talleres para la evolución de la conciencia, el abuso del alcohol, la fragilidad mental y la búsqueda afanosa por encontrarle sentido a la vida.

Los acontecimientos se mueven con agilidad y rapidez, uno tras otro; pero la corriente interna de los personajes es mucho más compleja. Los protagonistas entran y salen de sus tiempos, se encuentran y se reencuentran, y derraman

sus conflictos, sus miedos, su rabia, su dolor y su desconcierto, sin ambigüedades. El lenguaje crudo vigoriza los sentimientos recónditos, aun aquellos que no son fáciles de identificar. A pesar de la severidad de sus hechos, la historia respira a través de escenas jocosas y tiernas que le dan balance a esta espiral de odiseas y turbaciones. La transparencia de los discursos le da un toque de realismo a la trama —casi inverosímil— que se narra.

La dimensión espiritual palpita como un corazón vivo desde el principio hasta el fin de la obra. Se proyecta en los distintos personajes, aunque cada cual la manifiesta con su propia luz. La novela refleja extremos contradictorios: la lujuria y el sacrificio, la maldad y el deseo de superación, el odio y la inocencia, la agresividad y el anhelo de ser amado, los resentimientos y el perdón.

Aquella manía de quererse en silencio nos muestra la vida... compleja, impredecible, angustiada, profunda, pero también sorpresiva e inmensa. Se podría considerar su lectura como texto para un curso de psicología. Su análisis provoca un mayor entendimiento acerca del impacto —tanto positivo como negativo— que tiene sobre el desarrollo de la personalidad, las vivencias y las decisiones tomadas por las figuras paternas. Todo este andamiaje psicológico se advierte en múltiples detalles que no se le escapan a la autora.

Los giros que da esta familia —con incidentes que rayan en la locura y la desesperanza— confirman que las raíces con las que se nutre el alma son capaces de salvar lo insalvable. A través de la novela se hace evidente la presencia del amor: el amor humano y el amor Divino. La transformación de todos los personajes es indiscutible, y es esa evolución la que los convierte en personas de corazón. El desenlace de la misma me recuerda un pensamiento que se me grabó en la mente hace muchos años: "Dios lo sabe todo. Una vez comprendemos eso en su realidad, nos sentimos en paz con nuestro pasado, sabiendo que todo era necesario".

Aquella manía de quererse en silencio es una obra rica en su lenguaje, pero más aun en su humanismo y en el significado del amor que transpira. De su lectura se desprende que el sentido de la vida es aprender de las experiencias propias y atreverse a explorar nuevas opciones. Leerla nos ayuda a mirarnos, a reflexionar y, tal vez, a reafirmarnos en el Misterio de la vida.

Dra. Gloria Mock

Sexóloga certificada

20 de diciembre de 2011

CAPÍTULO 1:

Un silencio tibio

“Bernardo se hundía plácido en un sueño sin regreso. La muerte, sí, la muerte, que tiene reputación de cruel y oscura, de repente se mostraba sabia. Sublime. Hasta cálida. Porque la muerte todo lo recoge, todo lo dignifica y, aun en los casos imperdonables, casi todo lo perdona”.

—Muérete, mi amor.

El cuerpo de Bernardo se debatía entre pudrirse sobre la cama número dos de la habitación 216 del Hospital Pavía o continuar su enclenque lucha contra el aparato que le oxigenaba el cuerpo. Hoy se reducía a un averiado conjunto de huesos y pellejos. Llevaba seis días así. Disminuido. Con el alma colgándole de las entrañas. Su piel había adquirido el color mostaza que produce el cuerpo frente a muchos años de excesos. Sus ojos, dos envolturas rugosas, de vez en cuando se abrían para impregnar la habitación del amarillo nauseabundo de los hígados enfermos y, de paso, lanzar las miradas huecas de aquellos a quienes ya no les queda nada por dentro. Nada. Igual estaba ayer. Amortiguado. Vacío de deseos y palabras. Menos el día en que su cuerpo, como arrepentido de acurrucársele a la muerte, se convirtió en un muñeco de trapo zarandeado por sabe Dios qué fuerza desquiciada. Sus extremidades y su cabeza se sacudían con violencia, incoherentes, disparatadas, ajenas al orden y a las leyes naturales de los cuerpos que se apagan para siempre o, más aun, desafiantes al destino irremediable que aniquila a los hombres.

Bernardo era una masa con forma de hombre echada sobre sábanas gastadas de tanto lavar historias de otros cuerpos. Cuerpos achacosos, contagiados, agónicos. Como el de Bernardo. Ahora se rendía por última vez, y en su cuero rancio acaso quedaban memorias y secretos. Solo eso. Y dos huecos putrefactos que una vez sirvieron para mirar. Pero despedirse por completo de la carne y la sangre que palpitan es una cosa incomprensible, y apenas unos días antes, desparramado en la misma cama de la habitación 216, una sonrisa le aniñaba el semblante y parecía largarse, feliz y pacífico, al lugar donde los muertos viven. Como un chiquillo, sí, porque “los viejos vuelven a ser niños cuando se van a morir. “¡Qué curioso es morirse!”; eso pensaba su hija Teresa cuando le tocó velarle los sueños que también se le morían y convertirse otra vez en su madre.

—Vete tranquilo, Bernardo —le rogó con suavidad Evangelina.

Esta vez no le acarició los pies, aquella bendita manía de quererse en silencio que practicaban ellos y sus hijos. Solo le habló con la voz sedosa de antes de todo. La misma con la que solía acariciar alguna aspereza incrustada en el alma de sus pequeños; aquella con la que resbalaba un “te quiero” o un “corazoncito mío” mientras inundaba de besos las cabecitas de sus hijos. Antes. Antes de que colgara su maternidad como se cuelgan los guantes de los boxeadores que no regresan a la plataforma del juego. Antes de que se le agotaran las ilusiones y se le quebrara el deseo. Pero la voz cristalina con la que despedía a Bernardo, aquella que cobijaba los sentimientos lúcidos y las intenciones pacíficas, la que quedó luego del llanto exasperado y el grito violento, la que resistió la locura, era la voz del abrazo último de Evangelina.

Dentro de ocho meses hubiesen cumplido cincuenta años de casados. Claro está, si no se hubiesen divorciado en dos ocasiones. Y si, como entre actos, Evangelina no hubiese protagonizado once historias de pasión y encantamiento; o Bernardo no hubiese participado como un actor de reparto en otras tantas de amor y aventura. Y si la filoso-

fía y los estilos de vida de Arica, que para los años setenta atestó de seguidores el condominio King's Court en el ex-céntrico Condado, no los hubiera fascinado con su oferta de estados de conciencia elevados. Si Bernardo no hubiese leído los controvertibles libros *Open Marriage* y *The Psychiatrist's Mind*. Si Evangelina esto, si Bernardo lo otro... Probablemente estuvieran celebrando las bodas de oro como las festejan las esposas perfectas y los maridos fieles. Evangelina se hubiera vestido con un traje de encajes de algodón color marfil, no muy costoso, liviano y tropical que le hubiese cosido su vecina Peggy. Y se hubiese adornado el pelo, encaramado —como le gustaba a Bernardo— con azucenas olorosas a Plaza del Mercado de Río Piedras. Y se hubiese calzado los pies perfumados de arena y salitre de su playa vegabajeña con un par de sandalias de tiritas de cuero (porque siempre son preferibles los materiales naturales). Entonces Bernardo... Bernardo le hubiese mirado el pelo, le hubiese sonreído con su boca contenida y le hubiese cantado, con voz de aspirante a cantante de coro universitario, "amor, dulce amor, que hoy recuerdo en un vals, primera ilusión que no muere jamás".

—Mierda, esas ideas románticas acerca del matrimonio solo funcionan para ustedes, que todavía son quinceañeras —se desgañitó Bernardo frente a sus hijas aquella tarde calurosa en que ellas mismas lo desterraron de su hogar.

Hacía seis días que no hablaba. Ni leía. Ni miraba. Nada. El cuarto número 216 apenas poseía algunas de las escasas pertenencias de Bernardo: unas pijamas de franela, dos pares de medias (el frío aséptico le robaba el poco calor que le iba quedando), una frisa adicional por si se ensuciaba con los excrementos intoxicados de droga y suero, jabón de bebé (para pieles hipersensibles), dos toallas (una grande y otra pequeña para los baños en la cama) y crema medicada para protegerlo de las úlceras cutáneas. Teresa, la segunda de sus cuatro hijos (otra vez, como si fuera su madre), se aseguraba de que los enfermeros lo voltearan a menudo. Aun así, dos lesiones rojizas y purulentas amena-

zaban con adueñarse de sus nalgas y costillas. Bernardo no se quejaba.

Evangelina se agachó para verificar la bolsa que recolectaba la orina de Bernardo, colgada del lado derecho de la cama de posiciones. Ni una gota. El enfermero de turno la había vaciado por última vez justo cuando le dio el medicamento de las siete. Entonces era un líquido miserable y oscuro, del color de las charcas contaminadas por cuanto desperdicio y excremento se estanca en sus aguas pestilentes. Evangelina le cuestionó el color.

—El hígado... usted sabe... —le contestó como quien no quiere encontrarse de frente con la sentencia de los desahuciados.

Tendría unos treinta años repartidos en un rostro apacible, que a Evangelina le dio la impresión de que se tornó tan reverente como el de un monje budista oficiando un ritual, justo cuando desenganchó el plástico con el fluido rancio. Miró al enfermero con una sonrisa de agradecimiento y no preguntó más.

Tres horas después la bolsita no tenía ni asomo de orina. Ella sabía. Respiró profundo, como hacía cada vez que dejaba ir algo. Lo que fuera. No lloraba. No fue al mostrador del piso a informar a las mujeres con batitas de caritas alegres y zapatos blancos que chirrean al contacto con el suelo, que Bernardo se envenenaba por dentro. No agarró el celular para llamar a nadie. No maldijo, ni se le dibujó en la boca una mueca de dolor. Ni siquiera le imploró a Bernardo que por esta vez no se muriera. Lo miró como se mira a un niño querido que duerme. Palpó sus manos suaves y limpias, sin rastro de callosidad, las uñas lustrosas perfectamente alineadas en sus dedos impecables. Siempre le gustaron. Eran manos pacíficas. Probablemente, las que con mayor ternura habían acariciado a los hijos de ambos. No a ella; no después de que se creyó querida por hombres con manos rotundas y bocas sublimes. Aunque, quién sabe... Pero eso ya no importaba. Ni siquiera intentó descifrar el sentimiento inconcebible que aún la mantenía unida a este hombre. No quiso decirle nada. Nada. Solamente estar allí.

Sobrecogida. Participando de su muerte buena. Totalmente presente. Completa. Ella y su respiración. Su respiración acompañada. Serena. Arrojando con su exhalación lo que quedaba de Bernardo. Internándose con cada inhalación en la memoria intacta de su amor extraño. Su respiración y la respiración de Bernardo. Entorpecida. Dolorosa. Agónica.

La puerta se abrió sin aviso y el doctor apresuró el paso de superhombre con bata blanca en dirección a los tubos plateados que acunaban a Bernardo. Interceptó la mirada de Evangelina con un “buenas” a media sonrisa, se detuvo por un instante en el rostro de Bernardo, paseó la mirada en el registro médico que sostenía su mano izquierda y finalmente reparó en la bolsita vacía. Entonces despegó los labios para que le salieran las explicaciones científicas que aprendió en su clase de Patología, aquella tarde en la que discutieron las condiciones terminales del sistema hepático y renal, pero volvió a cerrarlos con una exhalación. Se embuchó las palabras. Bajó la cabeza y luego miró a Evangelina como quien adivina su pregunta.

—Quince minutos... tres días... Fallo renal... Lo siento, señora —le dijo en el mejor tono que encontró.

Evangelina lo escuchó serena. Inhaló profundo.

Una luz tenue alumbraba la habitación. Como si la atmósfera conspirara para envolver a Bernardo en un abrazo acogedor. Como si invitara a pensar con piedad; a hablar en voz muy queda, por favor, a moverse con sigilo, prohibido hacer ruido. No había nada que hacer. No había vuelta atrás. Salvo los aparatos que mantenían su carapacho alimentado y respirando, Bernardo se hundía plácido en un sueño sin regreso. La muerte, sí, la muerte, que tiene reputación de cruel y oscura, de repente se mostraba sabia. Sublime. Hasta cálida. Porque la muerte todo lo recoge, todo lo dignifica y, aun en los casos imperdonables, casi todo lo perdona.

Pronto llegarían los hijos. Estarían todos juntos, como en las antiguas reuniones familiares; aquellas en las que se desnudaban el alma y negociaban algún asunto y se repro-

chaban una que otra ofensa y censuraban alguna acción. Era una de las peculiaridades de esta familia. Blindados con la lista de normas de comunicación tan clara como un día sumiso de sol, se preparaba una agenda y se asignaba un secretario a cargo de las minutas, que los chicos no sabían que se llamaban minutas sino acuerdos que debían leerse y recordarse en las próximas reuniones para, tal vez, prorrumpir en barbaridades y refunfuñar a favor de alguna condición que redujera la severidad o incomodidad de la medida que fuese. Allí se practicaban como mejor se podía los sistemas democráticos. Pero a pesar de la oportunidad que todos tenían para deponer, argumentar u oponerse, Bernardo, como juez absoluto, establecía siempre la decisión última e irrevocable.

—No es justo que mi hora de llegada sea a las diez si Franqui puede llegar a las diez y media —protestó treinta años atrás Teresa—. Yo tengo las mismas responsabilidades que él y además...

—Ese asunto no está en la agenda de hoy...

—¡Pero, papi! ¡Yo quiero hablarlo hoy! ¡No me digas que vas a hacer una investigación! ¡Tú siempre...!

—Teresa, ¡ya! Dije que lo discutimos en la próxima reunión.

Pero esta vez no había agenda. Bernardo se iba despacio y, con él, la vida que escogió vivir. Y los reproches. Y las locuras. Y las culpas y las penas. Entre Bernardo y Evangelina solo mediaba un silencio tibio. Tal vez un recuerdo dulce o la satisfacción de haberse querido con la autenticidad de los que siguen sus propias reglas. Sirvan o no. Como aquella regla que pareció meter en su casa a un extraño e incomprendible "ángel" de sabe Dios qué galaxia.

—Quiero explorar otras cosas —le dijo Bernardo después de la lectura del libro aquel sobre matrimonio abierto que les revolucionó la vida.

Evangelina sabía a qué se refería. Pero se hizo la tonta, como tantas veces hacía frente a Bernardo. Rastreaba sus pensamientos. Los secundaba. Los adoptaba. Luego profesaba sus posturas con tanta devoción como las letanías de

las Siervas de María frente a la estatua de la Virgen de la Milagrosa. Había seguido a Bernardo con todas sus mañas, sus glorias y sus desquicies. Había participado de sus ensayos y se había amoldado a los nuevos sistemas que, con los años y las decepciones, el hombre había establecido. Lo había hecho todo con tal de complacerlo y apoyarlo. Pero había algo que no podía tolerar, que sencillamente no le cabía entre las costillas y el esternón.

—Me mudo —le dijo un día Bernardo.

Entonces se le vino todo encima: la casa con los ladrillos al natural con que habían ampliado el balcón, los veranos en la playa de Vega Baja, los paseos a Isla de Cabra, las canciones infantiles en el carro, las mecidas en el sillón, las reuniones familiares, los argumentos desafiantes ante la organización de padres y maestros de la escuela de los chicos, el pan de maíz y el chocolate caliente de los domingos por la mañana, las cenas en la mesa redonda de *rattan*, las clases de cuanto baile les nació aprender, la biblioteca atestada de libros, las discusiones sociológicas, los artículos de izquierda, los acercamientos místicos, los amigos de muchas épocas, los hijos adorados...

—¿Solo? —disimuló Evangelina aquella mezcla de coraje, decepción y otras marañas que aún no era capaz de definir.

Bernardo se vistió con el traje de arrogancia que tan bien pensaba que le iba y le atestó una de sus estocadas.

—¿Cuál es la diferencia?

No tenía mucho tiempo para pensar. O quizá lo había hecho. Sí, probablemente había imaginado esta discusión muchas veces. Tal vez había negociado en sus adentros la pérdida más terrible que se cernía sobre su cabeza de monja arrepentida. Tragó. Estaban dialogando; es decir, no era una lucha de gladiadores. Eran adultos honestos, libres para pensar y decidir, eso habían aprendido de sus lecturas. El bienestar de los hijos nunca antes había estado en riesgo, al menos eso habían querido creer. Así es que contestó tan civilizadamente como pudo.